

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VII — Santiago, Octubre de 1930 — Núm. 68

Enrique Molina.

RECUERDOS DE UN VIAJE A LA HABANA

SALIMOS de Valparaíso a mediodía de un día de fines de Enero. Las casas claras y cerros del puerto devolvían en música alegre de colores los rayos del sol. El cielo cabrilleaba en el mar y acuchillaba el agua con láminas de oro. Eramos tres amigos: don Juan Antonio Iribarren que iba como delegado de la Universidad de Chile al Congreso de Rectores y Decanos que se celebraría en La Habana a mediados de Febrero, y don Luis David Cruz Ocampo y yo, delegados de la Universidad de Concepción al Congreso Internacional de Universidades que tendría lugar con antelación inmediata al anterior en la misma ciudad.

Como justa portada de estas notas viajeras me adelanto a decir que los días de íntima compañía que pasé entonces con estos buenos amigos, serán uno de los mejores recuerdos de mi vida.

Las cubiertas y puentes no muy amplios del vapor estaban llenos de pasajeros y de parientes y amigos que venían a despedirlos. Convivían en nosotros el sentimiento pesaroso de partir y el goce de viajar. Viajar es reposar el pensamiento en una perspectiva indefinida de novedades, es entregarse con el alma abierta e interrogante a la vida, en espera de lo desconocido que nos va a ofrecer.

La mayoría de los viajeros era de chilenos. Los demás casi en su totalidad ingleses. Entre los chilenos iban un matrimonio muy amartelado que, a pesar de tener dos chicos crecidos,

habían encontrado el secreto de perpetuar su luna de miel; el inteligente doctor G. y su señora, la única chilena con quien se podía bailar; una viuda de espíritu bastante vivaz con su hijo, muchacho precoz; y un grupo de media docena de oficiales de nuestra Marina que llevaban una comisión del Gobierno a Inglaterra. Fueron todos excelentes compañeros y a ellos les debemos en gran parte la grata travesía que hicimos.

Por el lado de la colonia inglesa no había más que cuatro mujeres: una señora, una niña australiana y dos huéspedes del capitán. La señora era más bien pequeña, algo regordeta, de cintura muy ceñida y de una cabellera rubia abultadamente encrespada. Tenía algo de muñeca y de figura de escaparate de peluquería. La australiana, también de baja estatura, reunía todos los caracteres de las chicas atléticas. Parecía no tener otra preocupación que la de los deportes y de su ser no partía ningún efluvio de dulce feminidad ni de coquetería.

A la mesa del capitán se sentaban dos señoras que se vestían muy bien y exhibían todas las noches nuevas y elegantes toilettes. Parecían gente distinguida, pero eran de edad y de caras largas y acaballadas.

Íbamos en un vapor ideal para que San Antonio o cualquier otro varón fácil de caer en tentación pudiera sentirse sin cuidado. Todas las noches el trío del vapor tocaba en la mal alumbrada cubierta los mismos bastante desafinados fox-trots, shymmies y valeses. Una que otra pareja salía a bailar. Eran sobre todo ingleses que lo hacían por ejercicio físico y de sociabilidad. Los hombres, de smoking, contemplábamos el monótono espectáculo sentados o afirmados en la borda, o nos paseábamos fumando, bostezando y deseando que el tiempo pasara más ligero. ¿Para qué? Para volver a desear a cada instante y cada día lo mismo. Que el tiempo ande, ande, que el mundo vaya volcando sin descanso sus espectáculos en nuestra curiosidad y en nuestra inquietud insaciables. ¿Cuándo llegaremos? ¿A qué hora partiremos? Partimos. ¿Y al puerto de más adelante, cuándo tocaremos? Aunque se conoce el itinerario de la ruta, en este afán se vive.

En el vapor no hay otra disciplina que la de las horas de las comidas. Para llenar los espacios entre ellas están los deportes, las lecturas, las charlas y los aperitivos. A poco andar, el descanso y la monotonía hacen que se apodere de uno cierta laxitud que resulta muy provechosa para los nervios cansados. Este reposo depara, por otra parte, oportunidades que no se brindan en tierra para pensar tranquilamente, tomar notas y escribir.

Las costas del norte miradas desde el vapor son las espaldas de monstruos de arena, desoladas, calcinadas y tristes. Nada de vegetación. Los puertos parecen campamentos al borde del desierto. Para ver lo que vale Antofagasta y apreciar sus bellezas es menester bajar a ella, recorrer sus calles y avenidas bien pavimentadas y admirar sus paseos, baños e instituciones sociales. El esfuerzo del hombre ha logrado aquí hacer surgir de la arena el consuelo de parques y jardines.

Arica es la portada por donde se entra a Chile. Digamos, desde luego, que en los puertos del Perú exceptuando el Callao se acentúa la nota de desolación común a estas costas. Parecen sórdidos, pobres lugares en que se oprime el alma. De manera que Arica, con sus edificios modernos y bien presentados, sus calles limpias y orladas de árboles, sus plazas y jardines, se ofrece cual pequeño oasis de verdura y, viniendo del norte, a manera de anuncio de una alta civilización. Mollendo parece un palomar humano. Las pobres casas de madera que lo forman están como prendidas de los cerros de arena y a punto de caerse al mar. Suben al vapor indios y mestizos de anchos pómulos, de tipo mongólico, que alfombran la cubierta con pieles de alpaca, llama y vicuña, amarillas, café, blancas y negras. Concluyen por venderlas a la mitad del precio que han pedido en un principio. Otro tanto ocurre con los flexibles sombreros de jipi-japa que también venden.

Iribarren y Cruz bajaron a tierra. La desnudez y tristeza del panorama no me tentó y permanecí a bordo. Volvieron como volvían los antiguos conquistadores, hablando maravillas de lo que habían visto. No se cansaban de ponderar la belleza y simpatía de las bañistas que habían encontrado en la playa y con las cuales habían alternado un momento presentados por el cónsul de Chile. Ahí abundan los tiburones y, para proteger a los bañistas, una fuerte reja cierra el mar en la parte ocupada por los baños.

El Callao ya no es el puerto miserable y sucio de hace pocos años. Ha entrado en tratos con la higiene, se ha limpiado y hermoñado. Una espléndida avenida nos conduce a Lima. Campos pobres a ambos lados, la atmósfera neblinosa. Pocas horas estuvimos en la capital. Lima ostenta los blasones de su noble prosapia virreinal, la belleza misteriosa y romántica de las viejas ciudades de la colonia. Pasamos por los portales de la plaza, portales de anchos arcos de piedra que evocan pintorescas ciudades italianas del medioevo.

La catedral, resto también de los tiempos de la colonia, es un bello monumento en la plaza. Sin embargo, no encontramos

su interior de un estilo puro y definido. Lo hallamos más bien algo pintarrajeado de actualidad. Visitamos el palacio de los marqueses de Torre Tagle donde se halla instalado hoy el Ministerio de Relaciones Exteriores, hermosa mansión del siglo XVIII, con patio andaluz decorado de azulejos. Las habitaciones ostentan cielos ricamente artesonados y cornisas y puertas talladas y taraceadas. En las paredes retratos de cuerpo entero, estirados, tiesos, hinchados en sus uniformes, de los marqueses de Torre Tagle. Al lado algunas marquesas bastante gordas. Retratos modernos de presidentes del Perú. En la calle el segundo piso lo ocupa un balcón corrido sobresaliente, discretamente cerrado por persianas oscuras. Por él parecen discurrir las sombras de mujeres místicas, sentimentales y pecadoras que amaron en secreto.

La Cámara de Senadores funciona donde antaño celebrara sus tenebrosas sesiones la Inquisición. Es una sala rectangular de paredes hoy día muy bien pintadas al óleo. Lo que tiene de notable es su techo admirablemente labrado.

En una de las oficinas de la Cámara de Diputados vimos dos grandes bustos de Pershing y Lassiter, homenaje de gratitud de los parlamentarios peruanos a los generales norteamericanos que en el proceso plebiscitario de 1925 pusieron en la balanza el peso de sus espadas a favor del Perú.

Esta vez no visitamos ni el viejo convento de San Francisco ni el llamado palacio de la Perrichola que, según mis recuerdos, no es más que la casa bastante abandonada y arruinada, de paredes derruidas y desconchadas, de aquella Pompadour criolla.

Pero Lima no es sólo la ciudad de los virreyes que se complace en la conservación de sus pergaminos. Por la perfecta pavimentación de sus calles, sus plazas y parques, sus nuevas avenidas, los caminos que van a los alrededores y otros adelantos, es una ciudad que se remoja y moderniza.

Se afirma que estos progresos se están alcanzando por medio de capitales norteamericanos que comprometen la independencia económica del país; pero es un hecho cuya detallada investigación rebasaría los límites de nuestras someras anotaciones. Se afirma también que por estas y otras causas la situación financiera del país es desastrosa.

En el Callao subió a bordo, rumbo a Europa, una distinguida dama argentina, la señora O., esposa de un diplomático residente en Lima. No era hermosa, pero sí muy simpática, ilustrada e inteligente. Había en ella cierta fina coquetería, cierta vaga invitación al *flirt* que se mantenía dentro de las más irre-

prochable corrección. Entró a hacer vida principalmente con el grupo de los chilenos. Tenía gancho y más de uno de los viajeros quedó prendado de ella, pero nada más que con la dulce pesadumbre de un afecto romántico.

* * *

Llegamos a la hermosa entrada del Canal al amanecer, casi de noche aún. No muy lejos collares de luces indicaban a Balboa. La bóveda del cielo fué tiñéndose de azul, poco a poco, y surgieron del mar los bellos islotes cubiertos de boscajes que adornan la bahía como maceteros de verdura sobre una alfombra añil. El golfo de Panamá hace pensar en lejanas reminiscencias, en poéticas ensenadas del Mediterráneo napolitano. Tras esas enramadas se ocultan las fuertes baterías con que los norteamericanos defienden su dominio del canal.

Los edificios de Balboa se presentan alineados simétricamente y recién pintados. Parecen casitas de juguete. Al lado se levantan las maquinarias enormes y gigantescas grúas destinadas al movimiento del puerto.

De Balboa a Panamá no hay más que unos pocos minutos en auto por una excelente carretera orlada en gran parte de árboles umbrosos. A ambos lados se alzan chalets pintorescos y sencillos, construídos sobre pilotes y con rejillas de alambre en las puertas y ventanas para librarse de los mosquitos y otros bichos.

Panamá tiene la belleza natural de su mar azul, de su vegetación tropical y de su atmósfera de luz. Por lo demás es una pequeña simpática ciudad muy aseada y bien pavimentada.

Cualquiera que sea el juicio que se pronuncie sobre la acción de los norteamericanos en la América Española no se puede negar que ellos han traído, por decirlo así, un mensaje de fomento enorme de la vialidad, de higienización y saneamiento. Es verdad que estos progresos han venido acompañados de la influencia deletérea y disolvente de los capitales yanquis. Pero también es cierto que los hispanoamericanos no habían sido capaces de realizarlos hasta ahora por sí solos, que no los habrían llevado a cabo por su propio esfuerzo quién sabe en cuánto tiempo y que cada época exige un *mínimum* de adelantos materiales y de dominio de la técnica más abajo del cual no existe verdadera civilización o empieza esta a ser de un rango inferior.

El calor comienza a apretar al pasar al norte del Callao. En la cubierta del barco ponen su nota alegre los trajes ligeros

y blancos o de vistosos colores. Se arma la piscina y la gente joven se baña en despreocupada promiscuidad dos o tres veces al día. Ahí se puede comprobar cuánta razón tuvo Rodin al decir que el cuerpo de una joven es la suprema maravilla de la creación. Los hombres protestan en la noche de los cuellos tiesos y del pesado smoking en que hay que enfundarse para ir a comer. Naranjadas y limonadas heladas se consumen a toda hora. Pero siempre continúa el ejercicio de los deportes y del baile.

En la zona del canal el calor arrecia aún. Según la distribución del año que hace la cosmografía, cuando estuvimos en Panamá era invierno; mas había que buscar la sombra para no quedar tostado bajo los rayos de un sol implacable. Las gentes andan vestidas con telas claras y livianas y sombreros de paja como en pleno verano. Muchachas de cuerpo elástico y flexible como pequeñas palmeras pasan cimbrándose y sólo porque no se ve la carne se advierte que no van desnudas.

Luis David Cruz había afirmado con la manera perentoria y convencida que tiene de decir sus cosas, que no se disfrazaría por nada de tropical en todo el viaje, pero era tal la fuerza del calor que lo primero que hizo al bajar en Colón, fué comprarse un elegante y fresco terno de *tusor* crema que aprovechó muy bien en el resto de la navegación.

En Panamá no funciona todavía una universidad propiamente dicha. Uno de los votos del congreso a que asistimos poco después en La Habana fué encaminado a apresurar la fundación de la universidad panamericana que se ha proyectado levantar en la capital del Istmo. Mientras tanto tienen los panameños un Instituto Nacional bien instalado en un buen edificio. Nos sirvió de guía el director Dr. J. D. Moscate que nos pareció una persona de carácter y bien preparada. Cuenta el Instituto, además de cursos de humanidades, con una Escuela Anexa, una Sección Comercial, una Sección Normal, una Facultad de Agronomía y una Facultad de Derecho. Esta última no funciona con regularidad. Mantiene cursos rotativos y los estudiantes van generalmente a completar su preparación jurídica a universidades norteamericanas o a la de París.

Tuvimos oportunidad de apreciar el prestigio de que goza la educación chilena en Panamá. Nos mostraron como algo de lo mejor del Instituto el gabinete de biología y ciencias naturales, haciéndonos ver que había sido organizado por un profesor graduado en el Instituto Pedagógico de Santiago. Con análoga satisfacción nos hablaron de la cátedra de castellano a cargo también de un titulado en nuestro Pedagógico. Estas

y otras observaciones que pudimos hacer más adelante nos dejaron una impresión consoladora sobre los progresos educacionales que hemos alcanzado.

En el Instituto nos hablaron del sentimiento anti-norteamericano que bulle en algunos sectores de la opinión panameña. La nación del Istmo se hallaría muy lejos de haberse entregado mansamente al imperialismo yanqui. Hay resistencia y protesta sordas. Quieren una revisión de la situación jurídica establecida para la zona del Canal. ¿Conseguirán algo? Solos y aislados seguramente no, y tal aspiración, por patriótica que sea, no pasará de una hermosa quimera (1).

Los compañeros chilenos de viaje nos hicieron muy cariñosas manifestaciones de despedida antes de llegar a La Habana. Hubo tanto entusiasmo la última noche que algunos ingleses se contagiaron con nuestra alegría y se agregaron a la comparsa que formábamos. Parecía que los chilenos y la simpática argentina nos hubiéramos tomado el vapor. Nos despedimos, no sin cierta tristeza, de nuestros amigos y amigas. La despedida suele ser una rasgadura interior, ligera o grande, de la trama de los afectos. Como alguien decía en la comida postera con el sentimentalismo estimulado por el champán, «despedirse es morir un poco». ¡Cuántos no se volverían a ver más!

* * *

Adiós al viaje. Nuevo panorama. Justo es haber llamado a Cuba y sobre todo a La Habana la perla de las Antillas. Fuera de otros motivos de más peso hay una sensación visual que confirma ese dictado; es la del mar que la baña, cuyas ondas se presentan, a menudo, como irisadas de nácar y zafiro.

La Habana es una de las ciudades más hermosas del mundo y de las más caras también. Se yuxtaponen en ella los rasgos pintorescos de una vieja ciudad española y la amplitud y construcciones monumentales de una urbe moderna. Entre los primeros tenemos las calles angostas del puerto, el edificio del Correo con cierta adustez castellana, la silenciosa plaza de la Catedral que se presenta como un apartado rincón de Sevilla. Parece asimismo una mansión abandonada. ¡Cuánta pobreza triste rezuma de toda ella! ¡Cómo se ve que el alma sensual de las muchedumbres modernas va a buscar su felicidad en otra parte que en los templos!

(1) De Panamá a Colón nos fuimos por tierra. Del paso del Canal he hablado en mi libro *Por las dos Américas*.

Lo moderno y monumental comienza en el bello Paseo del Prado o de Martí, continúa por la amplia avenida de la orilla del mar y se dilata en vastas extensiones por los barrios residenciales y colinas que rodean la parte antigua de la ciudad.

El Paseo del Prado es una ancha arteria que corre casi medio a medio de la parte norte de la ciudad desde los jardines del Capitolio hasta los malecones que ciñen el mar poco antes de la angosta entrada del puerto. Desde el paseo se ve casi al frente la señera y decorativa torre del faro que se alza sobre una vieja fortaleza

El Capitolio domina como un imponente monumento blanco en el centro de la ciudad. Está hecho a imitación de los edificios similares de los Estados Unidos. En este sentido no es una creación arquitectónica original; pero su grandiosidad, su magnificencia suma, el gusto con que están calculados y realizados todos los detalles hacen de él una acabada obra de arte.

Más para su objeto, servir de asiento al Parlamento, resulta demasiado grande y demasiado caro para una pequeña república como Cuba. Cuesta no menos de diez y ocho millones de dólares. Entre tanto he visitado los edificios en que funcionan todavía las cámaras, me han parecido bastante adecuados y que podrían servir aún por veinticinco o treinta años más. Esto lo reconocen los cubanos mismos; pero justifican lo hecho diciendo que monumentos como el Capitolio sirven para atraer turistas. He aquí un rasgo de la psicología cubana: la busca de lo espectacular para deslumbrar al turista.

Mas los millones invertidos en la forma apuntada han hecho falta para otras cosas que se han considerado tal vez menos espectaculares y que son, sin duda, más necesarias, sin perjuicio de que, si así se quisiera, podrían ser a la vez muy ostentosas. En La Habana no se encuentra una Biblioteca Nacional bien instalada, ni un Museo de Bellas Artes ni un Museo Histórico. Hay un museo que es una mezcla de unos pocos cuadros y de valiosísimos recuerdos de las guerras de la independencia que se hallan amontonados en una casa estrecha de la parte vieja de la ciudad

No existe más que un liceo fiscal de segunda enseñanza, llamado Instituto Provincial como todos los de su clase que hay en el resto del país. Asisten a él jóvenes y niñas cuya matrícula en conjunto asciende a tres mil más o menos. Está muy bien tenido y reina en él mucho orden, pero no cabe negar que es poco para una capital de cerca de setecientos mil habitantes.

El turismo constituye una industria fundamental de La Habana. En los meses llamados de turismo que son los de in-

vierno, acuden a la capital cubana alrededor de cincuenta mil extranjeros que echan a correr buen número de millones de pesos. Son casi en su totalidad norteamericanos que huyen del frío de su país y vienen a gozar del calor de las playas habaneras, a bailar, a beber y a emborracharse.

¡Qué de cosas les ofrece La Habana! Un compendio algo carnavalesco de Capua, Síbaris, París y Berlín en materia de goces sensuales. Espléndidos hoteles; bellos parques y jardines, una población amable y dispuesta a servirlos; clubs muy confortables en los alrededores de la ciudad y unidos a esta por magníficas avenidas; un opulento casino, superior al de Monte Carlo según me aseguraba un observador que conoce los dos; en el casino se juegan elegantemente millares de dólares; un sinnúmero de cantinas; mujeres; ostentosos cabarets en que, además de fumar y beber y de asistir a los números de canto y danza que ejecutan artistas semi desnudas, la gente baila hasta la madrugada. Algunas parejas se abrazan y se besan. En las mesas hay también meros espectadores formados en su mayor parte por matrimonios norteamericanos de avanzada edad y solteronas norteamericanas.

Pero los atractivos para el turismo habanero no tienen todavía el carácter superior que encuentra el viajero en Florencia, Roma, París, Madrid o Viena. Falta el alimento espiritual por carencia de museos, de buenos teatros y de cultura artística.

Los cubanos son finos y corteses. Se notan estas gratas condiciones en todas las clases sociales. Los policías se muestran muy educados y atentos. Los choferes ceden el paso a los peatones.

El trato con los turistas y el deseo de atraerlos habrán influido en el desarrollo de esta cualidad, pero debe haber en ella también la manifestación de cierta buena disposición natural ingénita. El cubano parece inclinado a tomar la vida amablemente, lo cual no quita que sea a la vez apasionado. Los crímenes más frecuentes son los de origen amoroso: asesinatos por celos y por venganza. Además a diario se registran los suicidios por amor. En el tiempo en que estuvimos en La Habana se decía que el país pasaba por una honda crisis económica y, sin embargo, cuanto uno veía dejaba la impresión de una existencia fácil, ligera y a menudo opulenta. Corsos cada semana, bailes públicos por lo menos los sábados y domingos y las cantinas repletas de gente bulliciosa todas las noches hasta horas muy avanzadas.

* * *

Las sesiones de los congresos a que veníamos como delegados tuvieron lugar en el salón de honor de la Universidad. Esta ha empezado desde hace algunos años su reconstrucción material y ha terminado ya unos cuantos hermosos pabellones. El principal es el de la Rectoría donde se acentúa el carácter monumental de la obra. Ocupa la parte delantera de la colina universitaria y de ahí se domina gran parte del panorama de la ciudad. Una amplia y elevada columnata le da perfiles de templo griego, que estuviera de atalaya a la entrada de esta Acrópolis de la inteligencia. Por delante se extiende una dilatada escalinata, muy decorativa, y que nadie sube por resultar muy fatigosa.

La conclusión de más trascendencia del Congreso fué a no dudarlo la presentada por los delegados mejicanos doctores Luis Chico y Pedro de Alba relativa, a la organización de una Asociación Internacional de Universidades.

Luis David Cruz hizo una ponencia sobre *Las relaciones entre las universidades particulares y el Estado*, cuyas conclusiones fueron muy bien recibidas y aprobadas. Yo hice otra acerca de *La contribución de las universidades a la formación del carácter de la juventud que pasa por sus aulas*. Se acordó comunicar las conclusiones de este trabajo a todas las universidades hispanoamericanas. Iribarren representó con talento y discreción a la Universidad de Chile en el Congreso de Rectores y Decanos. Contribuyó muy eficazmente a la organización del Instituto de Cooperación Internacional, que fué el asunto de que este congreso se ocupó principalmente.

El valor intelectual de los congresos depende del carácter más o menos científico que tengan. Estos de La Habana no podían ser científicos en un sentido estricto. Pero de todos modos tales asambleas constituyen reuniones sociales, a menudo útiles y casi siempre agradables y amenas. Se conocen personas distinguidas o de verdadero valor intelectual de diferentes países, se cambian ideas, se acrecientan los conocimientos y se estimula la actividad espiritual de cada cual.

La delegación cubana estaba encabezada por el eminente jurisconsulto e internacionalista doctor Antonio Sánchez de Bustamante, figura de relieve americano, hombre venerable, de inteligencia clara y serena y dotado de una elocuencia a la vez amplia y sobria. Entre los demás delegados cubanos recuerdo por su inteligente actuación al rector de la Universidad doctor Clemente Inclán y a los doctores López del Valle,

secretario del Congreso, Carrera Justiz, Alberto del Junco, Ramón Zaydin. Conocimos también y pudimos apreciar en aquella ocasión a intelectuales de valía y de sólida preparación como Alberto Lamar Schweger y Ramiro Guerra Sánchez.

Entre los delegados de otras naciones debo mencionar al hábil y fino internacionalista norteamericano James Brown Scott.

Constituyó para nosotros una nota muy típica del Congreso la fácil oratoria de nuestros compañeros de los países tropicales. ¡Cómo fluía de sus labios una elocuencia ampulosa y palabrera! Nuestros amigos cubanos solían también dar tumbos medio ahogados en el torrente del verbo, sobre todo en virtud de su afición a improvisar, para lo cual desgraciadamente muestran muchas aptitudes. No era infrecuente caso que las sesiones, por la actitud tribunicia y altisonante de los oradores, tomaran semblanza de asambleas políticas.

Los congresales fuimos objeto de muy delicadas atenciones de parte de la sociedad y de las autoridades nacionales, locales y universitarias. Hubo espléndidas recepciones ofrecidas por los Ministros de Estado, el Presidente del Senado, el de la Cámara de Diputados y el Alcalde de la ciudad (1).

* * *

Sabido es que la influencia de los norteamericanos en Cuba es considerable. La proximidad geográfica al coloso del Norte y la inferioridad económica de la perla antillana así lo han querido de una manera inevitable. Los cubanos reconocen y agradecen públicamente a los Estados Unidos su cooperación para alcanzar la independencia de España que de otro modo tal vez no habrían obtenido. Desde ese momento se inicia un maridaje cuyo proceso va en camino.

Es verdad que casi al día siguiente de la independencia se les enturbió a los cubanos el goce de la libertad recién obtenida. Los Estados Unidos impusieron a su flamante constitución el grillete de la Enmienda Platt (2).

(1) Desde nuestra llegada fuimos muy bien atendidos por nuestro hábil Ministro don Miguel Luis Rocuant y nuestro Cónsul General don Javier Urrutia V.

(2) Los principales puntos de la famosa Enmienda Platt son los siguientes:
«I. El Gobierno de Cuba nunca celebrará con ningún poder o poderes extranjeros ningún tratado u otro pacto que menoscabe o tienda a menoscabar la independencia de Cuba, ni en manera alguna autorice o permita a ningún poder o poderes extranjeros obtener por colonización o para pro-

Hay que reconocer que en definitiva los cubanos se han avenido con la famosa Enmienda. Un meritorio escritor cubano a llegado a decir, últimamente (1), que la Enmienda Platt no es más que la Doctrina de Monroe aplicada a un caso particular y manifestada en una forma explícita. De suerte que, al revés, los pueblos hispanoamericanos que deben reconocer la Doctrina de Monroe tendrían también por este hecho su Enmienda Platt implícita. Si tal interpretación fuera acertada, lo que bien puede ocurrir, no probaría sino la urgencia de que los pueblos latinoamericanos dieran por caducada cuanto antes esa bullada Doctrina. Síntomas claros ha habido últimamente, no sólo en la América Española, sino en los propios Estados Unidos de que esto está en camino de ocurrir.

Ya he dicho que el turismo anual norteamericano deja caer sobre La Habana una lluvia tonificante de millones que hace naturalmente que los yanquis sean huéspedes muy bienvenidos. Pero la influencia económica norteamericana se manifiesta de otros modos más alarmantes, estables y profundos. La industria azucarera y las demás industrias importantes de la isla se hallan en su mayor parte en manos del capitalismo yanqui.

La fábrica de azúcar es un símbolo amargo en la vida cubana de todos los tiempos—dice Juan Marinello—. Porque en el ingenio siempre han estado en pugna el poder económico con la dignidad humana. Ayer fué el *cachimbo*, teatro de la inhumanidad española; hoy es el *Central* electrificado, centro de la sumisión al imperialismo económico.

Con los ingenios de azúcar se han formado grandes latifundios y para su explotación se han ido reemplazando los trabajadores blancos por negros, que se introducen de las Antillas

pósitos navales o militares o de otra manera, asiento o jurisdicción sobre ninguna porción de dicha Isla.

II. Dicho Gobierno no asumirá o contraerá ninguna deuda pública para el pago de cuyos intereses y amortización definitiva, después de cubierto los gastos corrientes del Gobierno, resulten inadecuados los ingresos ordinarios.

III. El Gobierno de Cuba consiente en que los Estados Unidos puedan ejercer el derecho de intervenir para la preservación de la independencia de Cuba y el sostenimiento de un Gobierno adecuado a la protección de la vida, la propiedad y la libertad individual, y al cumplimiento de las obligaciones, con respecto a Cuba, impuestas a los Estados Unidos por el Tratado de París, y que deben ahora ser asumidas y cumplidas por el Gobierno de Cuba.

IV. Todos los actos realizados por los Estados Unidos en Cuba durante su ocupación militar serán ratificados y tenidos por válidos, y todos los derechos legalmente adquiridos a virtud de aquellos, serán mantenidos y protegidos.»

(1) R. Guerra Sánchez. *En el camino de la Independencia*.

vecinas. De aquí, entre otras cosas, un peligro para la calidad de la población de la isla en vista de los elementos indeseables con que se la integra.

Indicado sea de paso que en La Habana misma no se ven más negros, no digo que en Nueva Orleans, pero ni aun que en Washington o Filadelfia.

El incremento de la industria azucarera en la forma indicada ha provocado ya más de una crisis y causó en un principio la ruina de muchas industrias fundamentales para la vida. Pero el Gobierno ha reaccionado en este sentido y se han tomado medidas para fomentar y proteger el cultivo de pequeñas fincas, la crianza de aves, la horticultura, etc.

Cuanto hemos dicho en los párrafos anteriores muestra que la independencia de Cuba es algo precaria y limitada. No desvanecen estas sombras las palabras del Presidente de la República y de otros funcionarios que no pierden ocasión para proclamar muy en alta voz que Cuba goza de libertad absoluta. Al revés, esta insistencia, por bien intencionada y conveniente que pueda ser, se hace sospechosa, deja el ánimo sumido en dudas, suena a hueco.

En Cuba no se nota contra los norteamericanos la animosidad que se puede observar en otros países de los trópicos.

Como el dominio de nuestras tierras e industrias por Wall Street—expresa Marinello—ya es decisivo, y el cubano, desplazado de las más independientes actividades, busca en el *presupuesto*—única industria nacional sin quiebras visibles—su *modus vivendi*, no es cosa rara ver a muy penetrantes inteligencias y a muy avizoras minorías obedecer a gobiernos cubanos sonrientes al gesto estadounidense.

Pero la sonrisa, además, es espontánea, como tiene que serlo para quienes gastan rumbosamente mucho dinero en hoteles, fiestas, diversiones, paseos, curiosidades y demás menesteres del trato diario. Si esta complacencia es muy humana no es justificable por otro lado de ningún modo la que gastan en el terreno doctrinario los órganos de la prensa habanera.

El Mundo, uno de los dos o tres principales diarios de La Habana, ha dicho en su edición del 1.º de Marzo:

Es censurable que Inglaterra haya mandado un buque de guerra a Santo Domingo para proteger las vidas e intereses de sus súbditos que pudieran verse amenazados con motivo de los recientes desórdenes.

Gree que bastaría con la policía que están en situación de hacer funcionar ahí los Estados Unidos. Agrega que a estos puede parecerles mal semejante celo de parte de los ingleses.

De esta manera no se podría mantener la doctrina de Monroe «ni de goma que fuera» (textual). ¿No es este un colmo en las columnas de un diario hispanoamericano? ¿No es como adelantarse a adivinar los deseos del amo?

Otro periódico, el *Diario de La Marina*, de tanta importancia como *El Mundo*, anota el hecho de que en el reciente conflicto los Estados Unidos no han intervenido en Santo Domingo fuera de haberle negado un empréstito al anterior Presidente con lo que manifestaban la desaprobación de su política. Y el diario se pregunta en seguida:

Esta forma de no intervención ¿será un bien para *nuestros pueblos*? ¿Será un mal?

¿No es verdad que el periodista muestra en estas líneas la nostalgia de las intervenciones armadas e invita al poderoso patrón del norte a no dejarlas de la mano? ¿No es esta también una desconsoladora actitud de docilidad en un órgano de opinión hispanoamericana?

No faltan por otra parte manifestaciones de nacionalismo y cubanidad que vienen muy a tiempo, que son indispensables para cultivar el alma aun frágil de esta nación en formación y suscitan esperanzas y confianza en su porvenir. En primer lugar el culto de sus héroes. Estatuas de los principales caudillos de la independencia y de escritores y poetas que de alguna manera se sacrificaron por ella adornan los hermosos paseos de La Habana. Maceo, Gómez, Martí reciben ahí el homenaje de los patriotas cubanos; sobre todo Martí, el apóstol puro y romántico de la revolución, que va pasando a ser el héroe epónimo de este pueblo. Luego el mantenimiento de la música, de los cantos y bailes nacionales en que se condensan algunos de esos matices quejumbrosos y sensuales, como con quebras amorosas, del alma criolla americana. En las fiestas sociales en La Habana se bailan, alternando con shymmies, valeses y tangos, los simpáticos, lamentosos y de ritmo algo monótono sonos y danzones del país.

Al frente de la influencia norteamericana se levanta aún poderosa, sobre todo en la capital, la de la colonia española. Es de imaginarse a España como una madre algo adusta, amante bajo su cáscara amarga, que a pesar de riñas terribles con su hija y de haberse ésta emancipado, no se aparta de ella, no la deja de la mano y la escuda en las aventuras y nupcias peligrosas a que la va conduciendo su nueva vida. Y sin duda, como la sombra de una vieja madre, aunque haya sido de carácter difícil, es favorable para el desarrollo del alma de Cuba la sub-

sistencia de la influencia española en el suelo de la perla antillana. La colonia española es rica y poderosa. En La Habana hay cerca de trescientos mil españoles. El Centro Asturiano y el Centro Gallego, con setenta mil socios el primero y cuarenta mil el segundo, instalados en magníficos palacios, son hogares opulentos, de carácter a la vez social, cultural y filantrópico. Mantienen buenas escuelas y espléndidos sanatorios en los alrededores de la ciudad.

Sin embargo el destino de La Habana es dejar de ser un centro de civilización exclusivamente hispanoamericano. Se halla colocado en un punto en que se cruzan muchas corrientes internacionales para que no sea así. A diez días de Europa, a cuatro del Canal de Panamá, a tres de Nueva York y a uno del sur de los Estados Unidos.

Los vientos de las culturas extranjeras empezaron a soplar con más fuerza después de la independencia y no han podido dejar que las plantas de la cubanidad se afirmen y se propaguen sin mezclas extrañas. Sin perjuicio de que en el inverificable caso de haber sido dejada sola, Cuba habría sufrido un notable retraso en su civilización. Es sabido que de las influencias extranjeras que actúan en la isla ninguna tan poderosa como la norteamericana. Por esta circunstancia La Habana, ciudad eminentemente internacional, vendría a ser como un crisol en que se irían compenetrando y fundiendo los elementos de las culturas angloamericanas e hispanoamericanas para ofrecer una nueva civilización a la humanidad. Así lo piensan muchos cubanos. Sea como quiera, pero el hombre no tiene mejor manera de construir el porvenir que ser fuerte en el presente y los hispanoamericanos debemos defender como herencia sagrada nuestro idioma castellano y las demás buenas manifestaciones de nuestra espiritualidad.

* * *

Había llegado la hora de regresar. Deseábamos hacerlo y sentíamos dejar La Habana. Con emoción nos despedimos de Luis David Cruz que debía quedarse ahí una semana más para continuar a Europa. El vapor partió de noche. Soplaba un fuerte viento. Aun dentro del puerto las olas se encrespaban delante de la proa como abrazando al barco para que no se fuera. Apoyados en el barandal contemplábamos por última vez La Habana, el Capitolio, las esbeltas torres blancas de muchos edificios. Bañadas éstas en luz proyectada por focos invisibles desde su base producían un efecto fantástico. Eran torres de luz difusa, de marfil iluminado, dignas de un panorama de

las Mil y una Noches. Eran como la proclamación de la voluntad del hombre de vencer a las tinieblas, de ser poderoso y de ser alegre. Desfilaron ante nosotros las cenefas de luces y los avisos luminosos de la avenida del malecón. Todas estas pedrerías fueron hundiéndose en las sombras. Adiós a La Habana. Sentíamos ya una prenostalgia de esta ciudad y de sus encantos.

Otra vez a bordo. Nuevos pasajeros, entre ellos muchos chilenos, una familia peruana y algunos españoles que venían de Europa y fueron excelentes compañeros de viaje. También venía un buen número de ingleses. Recuerdo entre éstos a una señora de hermoso cuerpo y que bailaba muy bien. Recuerdo asimismo a un joven que, no obstante su educación inglesa, llegaba a ser mal criado de puro impetuoso.

El vapor es siempre un microcosmos en que, no sólo en los trópicos sino en cualquiera latitud, el corazón intensifica sus actividades. En el pecho llevamos una hada invisible y tejedora que no descansa jamás. Es el agente de la innata energía. Debe tener algo de mariposa y de araña. Busca las flores, la luz y, mientras un amor no la encadena, anda lanzando sus hilos afectivos en busca de otros corazones. Algunos pasajeros dan pruebas de la sabiduría de mantenerse apartados y tranquilos, discretamente sociables. No así la gente joven.

Vuelve la acostumbrada vida en el vapor bajo los trópicos. Pero no es lo mismo hacer el viaje de América a Europa que el de regreso. Muchos de los que vuelven de Europa o Estados Unidos traen consigo el ambiente de falsa libertad de París, Berlín o Nueva York. Las damas fuman y beben cocktails como los hombres. El amor se manifiesta más exigente y menos platónico.

El joven inglés, mal criado, persigue escandalosamente a una bella niña peruana. Otros la asedian también con muy poco respeto. La dama no toma a mal estas persecuciones y no ve en ellas nada de escandaloso. Son simples juegos de camaradas. Como tales se abrazan y se besan. De noche las parejas suben al puente superior que se mantiene casi a oscuras. Hay suave tibieza en el aire. La rítmica trepidación de las máquinas y el dulce rumor de las aguas mecen en cierta sensación de seguridad. La inmensidad del cielo y del mar envuelve a los enamorados. La música de un shimmy resuena en la luz del puente de abajo donde bailan. En la bóveda tersa y oscura las estrellas parpadean como ojos de divinidades paganas que miraran sonrientes los triunfos del amor. El vapor es nave que hace el viaje de Citeres. Los dolores de la tierra y los valores del espíritu no llegan a ella.